



17 de diciembre de 1882

4º Domingo de Adviento
Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Solo diré unas palabras sobre una de las antífonas del Adviento. En la antífona que hemos tenido en el Oficio esta semana se dice: *El Señor viene. No tardará. Iluminará las tinieblas oscuras y se manifestará a las naciones.*

A menudo se nos muestra a nuestro Señor como una gran luz que debe iluminarnos, que debe brillar sobre nosotros e iluminarnos. Este es uno de los efectos del Adviento y de la venida de nuestro Señor que quizá debamos desarrollar más en nosotros. Esa luz es la que nos ilumina y la que abre nuestros ojos para ver todas las cosas según Dios. De manera natural, veríamos todo desde un punto de vista humano, pero Dios quiere que lo veamos de modo sobrenatural y divino. Esa manera divina de ver es la visión de Jesucristo y de los santos.

Sabéis que san Ignacio quiere que el siervo de Dios no tenga preferencia por nada. Primero menciona los lugares, las personas y los oficios; luego, la salud o la enfermedad, el honor o el desprecio, la desolación o la consolación. Su intención es que, situándose en medio de todas estas posibilidades, el siervo de Dios pueda decir: “No elijo nada; solo quiero la voluntad de Dios”. Es lo que él llama el segundo grado de indiferencia. Todavía no es la perfección —hay un tercer grado—, pero este segundo grado es esa santa indiferencia que no prefiere nada más que la voluntad de Dios.

Esto es lo que abre los ojos y lo que ilumina al alma religiosa: cuando, en vez de ver los acontecimientos, las contradicciones, las humillaciones y las penas únicamente en sí mismos, con la repugnancia natural que producen, uno aprende a verlos en la voluntad de Dios, los acepta y los ama porque vienen de Él, y los recibe con una voluntad completamente unida y sometida a la suya. Esto es verdadera luz; es tener los ojos realmente iluminados. Muchas personas creen estar muy iluminadas, pero no lo están en absoluto. Se está iluminado en la medida en que se es más humilde, más sumiso, más unido a Dios, más dispuesto a obedecer, más satisfecho con lo que Dios dispone y más caritativo con el prójimo.

No pudiendo extenderme más, os diré que pidáis a nuestro Señor que Él mismo sea vuestra luz en esta fiesta de Navidad. Contempladlo como el Verbo, la luz que vino a iluminar a un mundo sumido en tinieblas. Miradlo pobre, pequeño, dependiente, lleno de suavidad y paciencia; miradlo perseguido, despreciado, rechazado, abandonado: Él, que es vuestra luz y la Sabiduría divina. Si queréis que al nacer os traiga todos los bienes que están en Él, debéis comenzar por adquirir una profunda indiferencia hacia los bienes del mundo.

Fijaos en que, si alguna alma en la vida religiosa aún se deja atraer por lo que solo es apariencia, por lo que brilla; si todavía ama lo vano, las satisfacciones superficiales, los placeres del cuerpo que pesan sobre el alma, o los placeres del espíritu que no vienen de Dios, esa alma está todavía en una gran oscuridad. Debe decirle a Dios: «Dios mío, desde este nivel tan bajo en el que me encuentro, haz que me eleve por encima de todo lo que me ata a la tierra. Abre mis ojos, ilumina mi alma para que vea todas las cosas como tú las ves. Que esté unida solo a tu voluntad, y que desde aquí ascienda al grado que espero alcanzar: amar y abrazar, por amor a ti, todo aquello que a la naturaleza le cuesta».

Entonces el alma llega a esa preferencia que la impulsa a seguir y elegir a Jesucristo, incluso hasta la cruz. El cuerpo crucificado de Jesucristo se convierte para ella en su riqueza. Ese cuerpo es el objeto de su ternura. Lo estrecha entre sus brazos; ese cuerpo herido por los golpes, ese rostro cubierto de escarnios, esos desprecios y humillaciones se convierten en su tesoro. El alma, elevándose por encima del bien y del mal, puede decir a Dios: «No tengo elección: que tu voluntad decida». O bien, al estilo de santa Catalina de Siena, cuando Jesús le presentó una corona de rosas y otra de espinas, ella eligió sin dudar la corona de espinas. Así el alma quiere sentir las espinas que Jesús ha colocado sobre su cabeza. Es difícil, hermanas, pero es el grado más elevado que os propongo. Y hay que tener mucho cuidado de no querer saltar del primer grado al tercero, como a veces deseáramos

San Francisco de Sales dice que la Santísima Virgen era como una bola de cera que se deja moldear en cualquier dirección y tomar cualquier forma. Era su obediencia total a los planes de Dios lo que la hacía tan perfectamente disponible para cumplirlos todos. Comencemos por ahí, hermanas: asentemos bien nuestra alma en esa santa indiferencia, de modo que solo la voluntad de Dios determine nuestras elecciones. Y, poco a poco, por amor a Jesucristo, llegaremos más alto.

Así comienza nuestro Señor. Primero se nos muestra en un estado muy humilde: se entrega a nosotros muy pequeño, muy pobre y amable. No se muestra desde el principio sufriendo y crucificado; prefiere comenzar eligiendo el pesebre y la paja antes que las riquezas, los pañales antes que las ropas preciosas. Más tarde, en Nazaret, elige el pan de los pobres —el que comían José y María— en vez de los banquetes de los ricos, y elige el trabajo fatigoso del carpintero en lugar de una vida fácil y cómoda.

Por ahí, hermanas, debe comenzar el alma con Jesucristo, para poder, más adelante, preferir con Él los desprecios, las humillaciones, los sufrimientos, la corona de espinas y la cruz, si Dios juzga que el alma es lo suficientemente fuerte como para llevarla tan alto.